

han causado tan profunda emoción en la mente inconsciente. ¿Cómo aprende el niño el lenguaje con toda su exactitud, y de forma tan exacta y precisa que pasa a formar parte de la personalidad psíquica? Este lenguaje adquirido en *la* infancia se llama lengua materna, y es claramente distinto de todas las demás lenguas que pueda aprender después, del mismo modo como una dentadura postiza puede diferir de una dentadura natural.

¿Por qué estos sonidos, primero sin significado, llevan repentinamente comprensión e ideas a su mente? El niño no solo ha “absorbido” las palabras, sino que incluso ha absorbido “la frase, la construcción de la frase”. Si no se comprende la construcción de la frase no se puede comprender el lenguaje. Cuando decimos, por ejemplo: “El vaso está sobre la mesa” el sentido que damos a estas palabras resulta del orden en que los colocamos. Si decimos: “Vaso el sobre esta la mesa”, resulta difícil tener una idea. Lo que comprendemos es la secuencia de las palabras. El niño absorbe las construcciones del lenguaje.

La mente absorbente

¿Y cómo ocurre esto? Se dice: “Recuerda las cosas”; pero, para recordar, hay que tener memoria, y el niño no tiene memoria, también está por construir. Debería tener la capacidad de razonar para darse cuenta de que la construcción de una frase es condición necesaria para su comprensión. Pero el niño no tiene la facultad de razonar, debe creársela.

Nuestra mente, tal como es, no llegaría a alcanzar lo que alcanza el niño; para una conquista como la del lenguaje es necesaria una forma de mente distinta; y esta forma es la que posee precisamente el niño: un tipo de inteligencia distinta de la nuestra.

Podemos decir que nosotros adquirimos los conocimientos con nuestra inteligencia, mientras que el niño los absorbe *con* su vida psíquica. *Simplemente* viviendo, el niño aprende a hablar el lenguaje de su raza. Es una especie de química mental que opera en él. Nosotros somos recipientes; las impresiones se vierten en nosotros, y nosotros las recordamos y las tratamos en nuestra mente, pero somos distintos de nuestras impresiones, como el agua es distinta del vaso. El niño experimenta en cambio una transformación: las impresiones no solo penetran en su mente, sino que la forman. Estas se encarnan en él. El niño crea su propia “carne mental”, utilizando las cosas que se hallan en su ambiente. A este tipo de mente la hemos llamado *Mente Absorbente*. Nos resulta difícil concebir la facultad de la mente infantil, pero sin duda la suya es una forma de mente privilegiada.

Imaginad lo maravilloso que sería ser capaces de conservar la prodigiosa capacidad del niño el cual, mientras vive alegremente saltando y jugando, es capaz de aprender una lengua con todas sus complicaciones gramaticales. Qué maravilla, si todo el saber entrase en nuestra cabeza por el simple hecho de vivir, sin necesidad de mayor esfuerzo del que representa respirar o alimentarse. Primero no advertiríamos nada especial, luego, de improviso, los conocimientos adquiridos se revelarían en nuestra mente como brillantes estrellas de conocimiento. Comenzaríamos a advertir que están allí, presentes, y conoceríamos todas las nociones, las cuales se convertirían, sin esfuerzo, en nuestro patrimonio.

Si yo os dijera que existe un planeta donde no hay escuelas, ni maestros, sin ninguna necesidad de estudiar, donde, viviendo y paseando, sin más fatiga, los habitantes llegan a conocerlo todo y a fijar sólidamente todo el saber en su cerebro. ¿No os parecería una hermosa fabula? Pues bien, esto, que parece tan fantástico y suena a invención de una fértil imaginación, es un hecho, una realidad; porque este es el modo de aprender del niño inconsciente. Este es el camino que sigue. Lo aprende todo inconscientemente, pasando poco a poco del inconsciente a la conciencia, avanzando por un sendero en que todo es alegría y amor.

El conocimiento humano nos parece una gran conquista del consciente, adquirir una mente humana! Pero esta conquista la debemos pagar, porque apenas somos conscientes, cada nueva adquisición de saber requiere un duro trabajo y fatiga.

El movimiento es otra de las maravillosas conquistas del niño. Recién nacido, yace tranquilamente en su cama durante meses. Pero, transcurrido cierto tiempo, camina, se mueve en el ambiente, hace algunas cosas, goza, es feliz. Vive día a día, y cada día un poco más; aprende a moverse y el lenguaje, penetra en su mente con toda su complejidad, así como el poder de dirigir sus movimientos según las necesidades de su vida. Pero esto no es todo: aprende muchas otras cosas con sorprendente rapidez. Todo lo que se halla a su alrededor, lo hace suyo: costumbres, religión, se fijan en su mente de forma estable.

Los movimientos que conquista el niño no se forman por casualidad, sino que están determinados en el sentido en que son adquiridos en un determinado periodo del desarrollo. Cuando el niño empieza a moverse, su mente, capaz de absorber, ya ha captado su ambiente; antes de que empiece a moverse, ya se ha efectuado en él un inconsciente desarrollo psíquico, y cuando inicia los primeros movimientos comienza a ser consciente. Si se observa a un niño de tres años, se ve que siempre juega con algo. Esto significa que va elaborando con sus manos e introduciendo en su conciencia lo que su mente inconsciente ha absorbido antes. A través de esta experiencia del ambiente, con apariencia de juego, examina las cosas y las impresiones que ha recibido en su mente inconsciente. Por medio del trabajo se hace consciente y construye el Hombre. El niño se halla regido por una potencia misteriosa, maravillosamente grande, que va incorporando lentamente; de este modo, se hace hombre y lo consigue por medio de sus manos, por medio de su experiencia: primero a través del juego, y luego mediante el trabajo. Las manos son el instrumento de la inteligencia humana. En virtud de estas experiencias, el niño asume una forma definitiva y por tanto limitada, ya que el conocimiento siempre es más limitado que el inconsciente y el subconsciente.

Entra en la vida y en seguida empieza su misterioso trabajo; poco a poco asume la maravillosa personalidad adaptada a su época y a su ambiente. Edifica su mente, hasta que, paulatinamente, llega a construir la memoria, la facultad de comprender, la facultad de razonar. Finalmente llega a su sexto año de vida. Entonces, repentinamente, los educadores descubrimos que este individuo comprende, que tiene la paciencia de escuchar lo que decimos, mientras que antes no teníamos medios para llegar hasta él. Vivía en otro plano, distinto del nuestro. Este libro se ocupa de este primer periodo. El estudio de la psicología infantil en los primeros años de la vida nos muestra estos milagros, que no pueden dejar de impresionar profundamente a quien se aproxime a ellos.

Nuestra obra de adultos no consiste en enseñar, sino en ayudar a la mente infantil en el trabajo de su desarrollo. Sería maravilloso poder prolongar con nuestra ayuda, con un tratamiento

inteligente del niño, con la comprensión de las necesidades de su vida, el periodo en que opera en él la mente capaz de absorber. Qué servicio prestaríamos a la humanidad si pudiéramos ayudar al individuo humano a absorber los conocimientos sin fatiga, si el hombre pudiera enriquecerse de conocimientos sin saber cómo los había adquirido, casi por arte de magia. .Acaso la naturaleza no está llena de milagros?

El descubrimiento del hecho de que el niño está dotado de una mente capaz de absorber ha producido una revolución en el campo docente. Ahora se comprende fácilmente porqué el primer periodo del desarrollo humano, en el que se forma el carácter, es el más importante. En ninguna otra edad de la vida se tiene tanta necesidad de una ayuda inteligente y cada obstáculo que se interponga en el camino del niño disminuirá las posibilidades de perfeccionamiento de su obra creativa. Por tanto, ayudaremos al niño no porque lo consideremos un ser insignificante y débil sino porque está dotado de grandes energías creativas, de naturaleza tan frágil que exigen — para no ser menguadas y heridas— una defensa amorosa e inteligente. Queremos prestar ayuda a estas energías, no al niño pequeño, ni a su debilidad. Cuando se comprenda que estas energías pertenecen a una mente inconsciente, la cual debe hacerse consciente a través del trabajo y la experiencia adquirida en el ambiente, cuando nos damos cuenta de que la mente infantil es distinta de la nuestra, que no podemos alcanzarla *con* la enseñanza verbal, que no podemos intervenir directamente en el proceso que va del inconsciente a la conciencia y en el proceso de construcción de las facultades humanas, entonces cambiará todo el concepto de la educación y esta será una ayuda a la vida del niño, al desarrollo psíquico del hombre, y no la imposición de retener ideas, hechos y palabras nuestras.

Esta es la nueva vía que sigue la educación: ayudar a la mente en sus diversos procesos de desarrollo, secundar sus diversas energías y reforzar sus distintas facultades.

UNA NUEVA ORIENTACION

Actualmente, en los estudios biológicos se observa una orientación definitivamente nueva. Antes, todas las investigaciones se efectuaban sobre el ser adulto, y cuando los científicos estudiaban animales y plantas, solo consideraban ejemplares adultos. Lo mismo ocurría en el estudio de la humanidad; solo el adulto era objeto de consideración, tanto para el estudio de la moral como para el de la sociología. En ella, un campo predilecto de atención y meditación por parte de los estudiosos era la muerte, y resultaba lógico, ya que es ser adulto, mientras discurre su vida, se aproxima a la muerte. Del mismo modo, el estudio de la moral era el estudio de las reglas y relaciones sociales entre adultos. Actualmente, los científicos han tomado una dirección opuesta, parece como si procedieran al revés, tanto en el estudio de los seres humanos como en el de otros tipos de vida. No solo consideran los seres muy jóvenes, sino que también retroceden hasta el origen de los mismos. La biología se ha dirigido hacia la embriología y el estudio de la vida de la célula. De esta orientación hacia los orígenes ha surgido una nueva filosofía que no tiene naturaleza idealista. Podemos decir que es más bien científica, porque surge de la observación y no de deducciones abstractas de los pensadores. El desarrollo de esta filosofía es paralelo a la progresión de los descubrimientos realizados en los laboratorios.

Cuando se penetra en el campo de los orígenes del individuo, que es el terreno de estudio de la embriología, se nos revelan cosas que no existen en el campo de la vida adulta o, aun cuando existen, son de naturaleza muy distinta; la observación científica muestra un tipo de vida completamente distinto de aquel que la humanidad se había acostumbrado a considerar, y pone de relieve la personalidad del niño.

Una banal consideración demostrara que el niño no avanza hacia la muerte como el adulto; el niño avanza hacia la vida, ya que su cuerpo es la construcción del hombre en su plenitud de fuerzas y de vida. Cuando aparece el adulto, el niño ya no existe. Toda la vida del niño es un proceso hacia la perfección, hacia una mayor plenitud. Basta esta observación para deducir que el niño puede encontrar alegría en el cumplimiento de una función de desarrollo y perfección. El tipo de vida del niño es una vida en la que el trabajo, el cumplimiento del propio deber, producen alegría y felicidad, mientras que para el adulto el trabajo generalmente representa una función más bien penosa.

Para el niño, este modo de proceder en la vida es una ampliación y una extensión de sí mismo: cuanto más crece en edad, más fuerte e inteligente se hace. Su trabajo y su actividad lo ayudan a adquirir inteligencia y fuerza, mientras que en el caso de los adultos el transcurso de los años determina más bien lo contrario. Y además en el campo del niño no existen competiciones, porque nadie puede cumplir en vez de él el trabajo destinado a construir el hombre que debe realizarse. En otras palabras, nadie puede crecer por él.

Retrocedamos aún más lejos en la vida del niño, hasta el periodo anterior al nacimiento. Ya antes de nacer, el niño tiene contacto con el adulto, porque su vida embrional transcurre en el cuerpo de la madre. Antes del embrión existe la célula originaria, que es el resultado de dos células procedente de los adultos. Tanto si nos trasladamos a los orígenes de la vida de los seres como si

seguimos al niño en el cumplimiento de su “deber” de crecimiento, siempre encontramos el adulto.

La vida del niño es la línea que reúne dos generaciones de vida adulta. La vida del niño, que crea y es creada, parte del adulto y termina en el adulto. Esta es la vía, el camino de la vida, y en este camino tan próximo al adulto pueden observarse hechos de interés para el estudio y obtener una nueva luz.

Las dos vidas

La naturaleza presta una particular protección al niño. Nace del amor, y el amor es su verdadero origen. Una vez nacido, se halla rodeado de la ternura del padre y de la madre; por tanto no es engendrado en la discordia, y esa es su primera protección. La naturaleza inspira a los padres el amor por los pequeños, y este amor no es algo artificial, alimentado por la razón, como la idea de la fraternidad, que nace del esfuerzo de todos los que aspiran a la unidad del género humano. En el campo de la vida del niño se puede hallar un tipo de amor que demuestra cual debe ser la actitud moral ideal de la comunidad adulta, porque solo aquí se puede encontrar el amor, capaz de inspirar naturalmente el sacrificio, la entrega voluntaria de un *ego* a otro, la entrega de si mismo al servicio de los demás seres. En lo más profundo de sus sentimientos todos los padres renuncian a su propia vida para dedicarla a los hijos, y esto representa para ellos un sacrificio natural, que proporciona alegría y nunca parece un sacrificio. Nadie dirá: “¡Pobre hombre, tiene dos hijos!” Mas bien al contrario, considerará afortunado a este hombre. El sacrificio a que se someten los padres por los hijos es un sacrificio que da alegría, es la vida misma; el niño inspira lo que en el mundo del adulto representa un ideal: la renuncia, la abnegación, virtudes casi imposibles de alcanzar fuera del ámbito de los afectos familiares. Cualquier hombre de negocios que pueda adquirir el objeto que precisa nunca dirá a un competidor: “Tómelo usted, renuncio a él”. Pero si los padres hambrientos no tienen que comer, sacrifican hasta el último pedazo de pan para satisfacer el hambre de su hijo. Por tanto, hay dos vidas distintas, y el adulto tiene el privilegio de participar en ambas: en una como padre y en otra como miembro de la sociedad. La mejor de ambas es la que el padre o la madre dedican al niño, pues gracias a la convivencia con el niño, se desarrollan en el hombre los más elevados sentimientos.

Si tomamos como objetos de estudio los animales, en vez de los hombres, también encontramos estos dos tipos de vida. Los animales feroces y salvajes parecen transformar sus propios instintos cuando tienen la prole; todo el mundo conoce la ternura que muestran los tigres o los leones por sus pequeños y cuanto valor emplean en defenderlos. Parece como si en el momento en que tienen pequeños que proteger, se produjera un cambio en el instinto de todos los animales, algo así como si instintos especiales se sobrepusieran a los habituales. Los animales miedosos poseen, aun más que los hombres, un instinto de autoconservación, pero cuando tienen hijos este se transforma en instinto de protección. Así ocurre con los pájaros: su instinto es volar apenas se aproxima un peligro, pero cuando deben proteger a sus pequeños no se alejan del nido, *sino* que permanecen inmóviles cubriéndolos con sus alas para ocultar el visible candor de los huevos. Otros fingen estar heridos y se mantienen apartados de las mandíbulas del can para distraerlo y para que no coja los pequeños, que de ese modo quedan ocultos. En cada forma de vida animal encontraríamos ejemplos parecidos, en los cuales se manifiestan dos tipos de instinto: uno de autoprotección y otro de protección de la vida de los pequeños. Las obras del biólogo J. H. Fabre

ofrecen maravillosos ejemplos de este hecho. Fabre concluye su gran obra diciendo que la especie debe su supervivencia a este poderoso instinto materno. Y es cierto, porque si la supervivencia de la especie se debiese solo a las llamadas armas de la lucha por la existencia, ¿cómo podrían defenderse los pequeños, cuando aún no han desarrollado sus armas defensivas? Los pequeños tigres no tienen dientes, y los pajaritos del nido aun no poseen plumas. Por esto, si la vida debe salvarse y la especie debe sobrevivir, es necesario proteger a los pequeños inermes que aun se hallan preparando sus propias armas.

Si la conservación de la vida solo se confiara a la lucha del fuerte, la especie perecería. Por ello la verdadera razón, el factor principal de la supervivencia de la especie es el amor de los adultos hacia los pequeños.

En el estudio de la naturaleza, la parte más fascinante es la revelación de la inteligencia, que existe incluso en las más ínfimas criaturas. Todas ellas están dotadas de varios tipos de *instinto* protector; cada una está provista de una manifestación de inteligencia distinta, y toda esta inteligencia se emplea en la protección de los pequeños. El estudio de los instintos de autoconservación no revela tanta inteligencia ni tanta diversidad en sus manifestaciones. Estos se hallan muy lejos del detalle de particularidades que proporciono a Fabre material suficiente para dedicar casi por completo sus dieciséis volúmenes a la descripción de los instintos protectores en los insectos.

Por tanto, estudiando los distintos géneros de vida, se constata la necesidad de los dos tipos de instinto y de dos tipos de vida, y trasladando esta afirmación al campo de la vida humana, aunque solo sea por razones sociales, veremos como el estudio de la vida del niño es necesario por las consecuencias que tiene sobre el adulto. Este estudio de la vida debe referirse a sus orígenes.